

- CORNEL. Con la Virgen advertí
que hablaba mi hermana ahora;
aquel retrato que adora
no será el que presumí.
- ARCISCL. Aun por eso, con recato
hace aquestas maravillas,
y cuando está de rodillas
de Cristo será el retrato.
- BODOQUE. De estarse sola hace alarde
aunque nunca haya almorzado,
y para andar á poblado
se va haciendo un poco tarde.
- CORNEL. Llámala, Bodoque amigo.
- BODOQUE. Voy volando.—Mi señora,
mire que se acerca la hora
de marchar. ¿Está conmigo?
¿No responde? ¡Voto á tal!
Algún accidente fuerte (1),
que no hablando, grande mal.
- (Levántanse.)
- CORNEL. ¿Qué dices? ¡Hermana mía!
¿Tú desmayada? ¿qué pena
te ha quitado, estando buena,
Su valor en este día?
- ARCISCL. Sin duda está arrebatada
en éxtasis con su Dios,
que en las manos tiene dos
retratos con quien hablaba.
- CORNEL. ¡Qué santidad singular!
Mas no sé qué tengo en mí
que hasta que haya vuelto en sí
no puedo estar sin pesar.
¿Cuándo del sol brillarán
luz y rayos refulgentes?
- BODOQUE. Estos que vemos presentes
en su vida volverán.
- CORNEL. ¿Por qué?
- BODOQUE. Porque es cosa cierta,
sin que nadie lo repare,
que la mujer que no hablare
la podéis tener por muerta.
- CORNEL. Ya vuelve.
- BODOQUE. Es frenesí,
y en esto estás poco atento;
mas quiero decirte un cuento
de esto de volver en sí.
Con su sacristán el cura
se salió al monte á cazar,
que el no estar en su lugar
en algunos curas dura.
- CORNEL. Calla, Bodoque, que irritas
con tu necedad al mundo.
¡Qué caso tan sin segundo,
Parca ingrata, solícita!
- ARCISCL. La desdicha me desmaya
de tan extraño suceso.
- BODOQUE. Y yo prosigo con eso.
Vaya pues de cuento, vaya;
que empezarle para mí
es gran pena no acabarle;
á mi mismo he de contarle,
soliloquiándome así.
Acompañólos un cojo
á caballo en su jumento,

(1) Falta un verso á esta redondilla.

y éste será en mi cuento
el que para blanco escojo.
Llegaron con atención
al monte, pero en su entrada
al cojo, el alma turbada,
le dió mal de corazón;
quedóse el cura turbado,
y el sacristán quiso irse;
mas el cura, sin partirse,
se quedó todo cortado.
Dijo el cura aquesto viendo:
«En sí luego volverá.»
Dijo el sacristán: «No hará,
que suena lejos su estruendo.»
Con esta grande locura,
sobre este caso apostó
con que el sacristán llegó
á apostárselas al cura.
Dejaron al desdichado
en el monte con su mal,
que después de rato tal
fué de su achaque dejado;
subió en su jumento allí,
y al verlo los apostantes,
el sacristán dijo antes:
«Mírelo, no volvió en sí.»
—«Es engaño, pues se ve
lo contrario claramente»,
dijo el cura—. «Usted miente,
¿no ve que no viene á pie?»
—dijo el el sacristán; y así
ganó yo con fundamento;
que quien vuelve en su jumento,
¿cómo ha de volver en sí?

CORNEL. Ya parece que el desmayo
muy poco á poco la deja.

EUROSIA. ¡Dulce Jesús, dueño mío!
¿cómo tan presto te alejas
de mi presencia? ¡Ay de mí!

CORNEL. ¡Eurosia hermana, dulce prenda!

EUROSIA. ¿Qué quieres, Cornelio hermano?

CORNEL. Presumí que tu belleza
cubierta de un parasismo
aquí se desvaneciera.
Esos retratos, Eurosia,
que dentro tu pecho encierras
son causa, si bien adviertes,
de tus amorosas penas.

EUROSIA. Causar penas nunca pueden,
antes bien, siempre me alegran,
porque el uno es de mí Esposo,
del corazón dulce prenda,
y el otro de una Señora
que, con sobradas finezas,
me estima sin merecerlo.

ARCISCL. Ya vimos, sobrina bella,
que son de Cristo y su Madre
los dos retratos que llevas;
á Cristo llamas tu esposo,
con que entendidas las nemas
de tu cariñoso afecto,
saco aquí por consecuencia
que de casarte no gustas,
y si vienes es por fuerza
de mi larga persuasión
y de la noble obediencia
de tus padres; mas si miras,

- ilustre y noble princesa,
que la ley de Cristo ensalzas
coronando tu cabeza
con el sagrado laurel
de Aragón, con que se espera
que has de ser Atlante firme
de la militante Iglesia,
asombro de los herejes
y de aquella ley perversa
de Mahoma gran contrario.
- EUROSIA. ¿No podré sin ser yo reina
triunfar de sus acciones?
- ARCISCL. No será fácil que puedas
ensalzar tu nombre tanto
que te conozca la tierra
defensora de la fe
si la voluntad no apruebas
de casar con don Fortunio.
- EUROSIA. La virginidad es prenda
que Dios tiene en mucha estima.
- ARCISCL. Es verdad; mas cosa es cierta
que también estima Dios
las que honestamente intentan
llegar al sacro himeneo,
y es proposición tan cierta,
que confirman su verdad
las mismas sagradas letras.
Quiso Dios en el Paraíso
con milagrosa manera
conservar á Elías virgen,
cuya castidad excelsa
merece ser colocada
sobre todas las estrellas.
Mas también favoreció
con igual correspondencia
al profeta Enoc, casado,
y de la misma manera
si al Tabor subió á Elías
á enseñarle sus grandezas,
bien creo que por ser virgen
mereció que allá subiera.
Pero Moisés también,
que fué casado en la tierra,
subió con Cristo al Tabor;
para que, sobrina, entiendas
que también estima Dios
con su voluntad inmensa
al que, casado, le sirve,
como al que, virgen, le ruega.
El sagrado matrimonio,
con singular agudeza,
le llamó el Apóstol grande
sacramento de la Iglesia.
Muchas matronas ilustres
dan de estas verdades pruebas,
y la misma Virgen fué,
aunque Virgen tan perfecta,
casada con San José.
- EUROSIA. Aseguró su pureza
con voto de castidad.
- ARCISCL. No se niega á vuesa Alteza
que pueda ofrecer á Dios
su virginidad; y advierta
que si la tiene ofrecida
á su Majestad inmensa,
puede cumplir virtuosa,
aunque case, su promesa.

- CORNEL. Hermana mía, ya es tarde
y la lámpara febea
quiere extinguir su luz pura
en las olas, donde alberga
sus rayos en cada noche,
sepulcro de su madeja;
vamos alargando el paso,
que muy poco tiempo queda
para llegar á poblado.
- EUROSIA. Vamos, pues.
- BODOQUE. Vamos apriesa,
porque si mucho tardamos,
nos quedaremos sin cena.
- EUROSIA. ¡Cielo divino, ayudadme!
- ARCISCL. De Dios nos guíe la diestra.
- CORNEL. El te dé, si acaso importa,
lo que más mi amor desea. (Vanse.)

ESCENA VIII

Salen el PRÍNCIPE y el CONDE.

- PRÍNCIPE. Por eso del alma sale,
Conde, á la lengua [el] amor.
- CONDE. No hay pena, invicto señor,
que con la de amor se iguale.
- PRÍNCIPE. El retrato tengo aquí
de la que ha de ser mi esposa;
atended si es cosa hermosa
por quien el alma rendí.
- CONDE. ¡Hermosa dama!
- PRÍNCIPE. Yo pienso
que estudió naturaleza
la estampa de su belleza,
no por instrumento inmenso
de aquel poder soberano,
mas hablando á nuestro modo,
porque parece que en todo
puso cuidado su mano.
- CONDE. Vuestra Alteza se rindió
justamente á la más bella,
ilustre y noble doncella
que en el mundo se crió.
- PRÍNCIPE. Mis potencias y sentidos,
justos fueron sus despojos,
que antes de verla mis ojos
la aprobaron mis oídos.
Con su virtud asegura
mi elección en pureza,
pues quiere su santidad
competir con su hermosura,
y son las dos tan iguales,
que en la perfección que vieron,
su nombre á Eurosia pusieron
los pinceles celestiales.
Ya creo que no están lejos,
que ayer vino embajador
de este sol que en su esplendor
me dan vida sus reflejos,
y dice que llegará
con brevedad á esta tierra;
mas ¡ay, Conde! que la guerra
me presumo estorbará
el salirla á recibir
á la entrada de Aragón.
- CONDE. A mi cargo la ocasión
para que podamos ir.

A Leonor dejó perdida,
que, intrépida y arrojada,
por el campo hizo entrada
sin prevenir la salida;
y aunque el bárbaro enemigo
hizo fuga en la ocasión,
pudo disponer traición
por llevársela consigo;
y si tan nobles despojos
se me llevan, claro está
que mi corazón saldrá
derretido por los ojos;
mas la cruz de aquesta espada
saldrá siempre vencedora,
y el joyel que mi alma adora
he de cobrar, aunque armada
esté la morisma junta
á pesar de su traición,
ó mi ardiente corazón
ha de abrir aquesta punta.

PRÍNCIPE. No es cierto, no, á mi ver
que salga al campo Leonor,
que aunque tiene gran valor
en efecto es de mujer.

CONDE. Fía en las veloces alas
de un bruto que con razón
él es hijo de Aquilón
y ella de la diosa Palas.

PRÍNCIPE. Sin duda se habrá escapado
si su valor conjeturas.

CONDE. De mayores apreturas
otras veces se ha librado.
Lo que más mi pena aumenta
es que Mosquete quedó
en su guarda, y se alejó
con presunción avarienta
de recoger los despojos
por el campo divertido,
y dejó puesto en olvido
lo que llorarán mis ojos.
Dice que de lejos vió
dos moros, y del temor,
olvidado de Leonor,
cobarde se retiró.

PRÍNCIPE. No es en vano tu temor;
pero fío sin recelo
que la habrá librado el cielo
de aquel bárbaro furor.
Pero ¿dónde anda agora
Mosquete, vuestro criado?

CONDE. En busca, señor, le he enviado
de la que mi alma adora,
advirtiendo que, si acaso
Leonor está perdida,
he de quitarle la vida.
Mas ¡ay de mí! ¡fiero caso
fuera verla entre tiranos!
No había de haber rigor
que estorbare mi furor
hasta volverla á mis manos.

PRÍNCIPE. Sin duda por verse ausente
de vos, con sagacidad
se retiró á la ciudad,
que es entendida y prudente;
mas, si acaso por desdicha
otra cosa pudo ser,
yo os ofrezco mi poder

hasta conseguir la dicha
de volverla á vuestros brazos,
y os prometo mi afición
daros casta posesión
con indisolubles lazos.

CONDE. A prevenir nuestra gente
importa, señor, que vamos,
porque temo si tardamos,
algún penoso incidente.
A recibir lo primero
iremos á vuestra esposa,
que, á pesar de la mañosa
traición del cancerbero,
no ha de parar mi valor
hasta poner con despecho (1)
y en mis brazos á Leonor.

PRÍNCIPE. En vuestro valor confío,
Conde amigo, y es razón,
que con vuestro corazón
siempre va seguro el mío.
Vamos, y sin más tardar,
de la gente más lucida
que tenéis más conocida
podéis un tercio alistar.

CONDE. Si llevamos, á mi ver,
con sus lucidos arneses
un tercio de montañeses,
nada queda que temer. (Vase.)

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

MOSQUETE solo.

No hay hombre más desdichado
que Mosquete en este día,
pues, por gran desdicha mía,
mi señor, muy enojado,
me pone en mosquetería.
Porque á Leonor perdí
me castiga de este modo,
no considerando en sí
que también me toca á mí
por perder á Laura y todo.
¡Oh, quién las pudiera hallar
por aquí en algún rincón!
mas no las podré topár.
¿Por qué no sabré rezar
el responso á San Antón?
A Francia me iré á vivir,
y sabrá Aragón y Bearne,
que me quise despedir
por no quererle servir
siempre de su guardacarne.
El buscar, cielos divinos,
me va doblando mis males,
pues me llevan mis destinos
de noche por los caminos,
de día por los jarales.
Mucha hambre y poca ropa
me traen por este cerro,

(1) Falta un verso á esta redondilla.

mas si el bárbaro me topa,
yo temo que en vez de sopa
no me falte pan de perro.
Desde aquí quiero llamar,
aunque me acosa el temor.
(En voz alta.)

¡Laura, señora Leonor!
Por medio de aquel pinar
se siente ruido y rumor.

MOROS. (Dentro.) No dejéis en la montaña
persona que á Cristo siga.

MOSQ. Aquesta es gente anemiga.
¿Hay desdicha más extraña?
¿Adónde podré esconderme
de este riguroso trance,
que el fiero moro no alcance
en todo este monte á verme?

ESCENA II

Salen ATANAEL, TARIFE y MECOT.— DICHOS.

ATAN. ¡Que sea tan arrogante
este cristiano atrevido!
Por Alá que estoy corrido.

TARIFE. ¡Por vida de mi turbante
que es muy valiente cristiano!
¡Que se huyera así la gente
por un cristiano insolentel!

TARIFE. Todo fuera muy en vano,
porque su valor se encumbra
tanto, que con fuerza y maña
ha de sujetar á España
y aun á cuanto el sol alumbrá.

ATAN. Detén, Tarife, la lengua;
ese hombre no me alabes,
que en mi competencia sabes
que alabar á nadie es mengua;
y aunque hui con sutileza
de su espada el gran furor,
no fué falta de valor,
sí fué sobra de destreza.
De Huesca soy ya señor
y del Rey ya capitán,
y cuanto blasón me dan
es poco con mi valor.
Cuanto el Tajo y Duero baña
con estruendo belicoso
amedrenté valeroso
en mis principios á España.
Abén Lop, mi Rey, espera
acabar de conquistar
esta montaña, á pesar
de la cristiana bandera;
pues dóblense nuestras lunas
en las arrogantes astas.

MECOT. Con esto, señor, contrastas
tú solo á tantas fortunas.
Por esta parte que sigo
se suena rumor de gente.

MOSQ. Estoy muerto de repente
si encuentran éstos conmigo.

MECOT. ¿Quién va allá? ¿No me responde?

MOSQ. Si no va nadie, ¿quién quiere
que le responda?

MECOT. El que fuere,
quien de cobarde se esconde.

MOSQ. Yo no soy nadie aunque hablo.
MECOT. Di presto quién eres.

MOSQ. ¡Ay!
El alma de Garibay,
que ni es de Dios ni del diablo!

TARIFE. Aqueste, si no me engaño,
es el mismo que escapó
del incendio y se burló
de nosotros por su daño.

MECOT. Pues Alá nos le ha traído
para que tome venganza
del agravio; sin tardanza
morirás.

MOSQ. Ya estoy perdido.

ATAN. No le quites aún la vida
hasta saber dónde va,
que algún secreto tendrá
tan impensada venida.
¿Quién eres y adónde vas?

MOSQ. No sabré decir quién soy,
ni menos adónde voy,
si no me prometes más.

ATAN. Ya tienes sobrada suerte,
que si dices la verdad
te daré yo libertad,
y si no, te daré muerte.

MOSQ. Pues, señor, con esa instancia
si no me matan, diré,
entre muchas cosas...

ATAN. ¿Qué?

MOSQ. Un secreto de importancia.

ATAN. Pues di, que yo te aseguro
de premiarte si es así.
La verdad diré.

ATAN. Pues di.

MECOT. Si lo juras.

MOSQ. Lo rejuro.
Don Fortunio, mi señor,
se quiere casar mañana
con una reina bohemiana,
y mi amo con Leonor.

ATAN. ¿Qué dices! ¿esto es posible?
¿mañana luego ha de ser?

MOSQ. Yo no me pongo en saber
el cuándo, porque es terrible
mi amo el Conde, y yo sé
que nunca me dice un cuándo
porque sabe que cantando
todo lo que sé diré.
Pues es cierto que mañana,
veinte días más ó menos,
tendremos seis días buenos
en una ú otra semana.

ATAN. Rabia ya mi corazón.
¡Pesie la fortuna adversa
que tendremos más contrarios!

TARIFE. ¿Cuándo vino esa Princesa?

MOSQ. Señor, no vino, y si vino,
será cosa muy de verla,
porque dicen que es aguada
y jamás entró en taberna;
cosa cierto singular
poco usada en esta tierra,
que la taberna es de aguados,
pues que todos los que ahí entran
se aguan mucho, y hasta el vino
de puro aguado revienta.

- TARIFE. Dinos claro si ha venido, si no quieres que con esta daga te dé dos mil muertes.
- MOSQ. ¡Qué barata fué la feria! ¿Dónde las compró, señor? Guárdelas usted y crea que las habrá menester cuando tenga alguna suegra; no me dé ninguna á mí, que bien diré lo que sepa, porque nunca sé callar cosa que secreto tenga. Ya dispone mi señor la jornada con su Alteza y saldrán á recibirle, porque saben que está cerca.
- ATAN. Hoy he de vengarme, amigos, de las injurias y ofensas que del cristiano atrevido en las campañas postreras recibimos; y en verdad que estoy tan corrido de ellas, viendo que tan poca gente atrevidamente pueda causar fuga á mis soldados, que se enmudece la lengua al pronunciar que acobardan nuestras azules banderas sus cruzados estandartes. Salga, pues, á la defensa de tantas glorias perdidas el valor que el pecho encierra. Hoy hemos de cautivar la Princesa de Bohemia, y al Príncipe don Fortunio quitar la dicha que espera.
- MECOT. A prevenir vuestra gente vamos, Tarife, y entiendan que somos Atlantes firmes de las africanas fuerzas.
- TARIFE. Señor, nuestros escuadrones harán las lunas sangrientas de la sangre de cristianos, aunque la fortuna adversa, enemiga, nos ultraje.
- ATAN. No nos niegue el gran Profeta su favor, que con su ayuda se asegura nuestra empresa. Toquen las cajas, levanten las lunas á las estrellas, que aunque sean medias lunas han de llegar á ser llenas, que aun el sol no está seguro con la creciente que llevan. (Vanse.)

ESCENA III

MOSQUETE solo.

Ellos se olvidan de mí con la algazara que llevan. ¡Cuánto me valió el secreto! Yo apostaré que me dieran un millón por lo que dije. Las carnes todas me tiemblan de temor, y no sé cómo me escape por estas breñas,

que temo vuelvan acá si por desdicha se acuerdan de las pendencias de marras y me rompan la cabeza; échome por estos riscos. Dios me la depare buena. (Vanse.)

ESCENA IV

Salen EUROSIA, ARCISLO, CORNELIO y BODOQUE.

- BODOQUE. Los caballos van perdidos de tanto vulgar tropiezo, pues andan sin herraduras descalzos, y á lo que veo, se habrán puesto á religión y tan mediados en eso, que con tantas cortesías como todos van haciendo, sobre tantas reverencias quedarán muy reverendos.
- CORNEL. ¡Qué peñascos tan altivos, qué fragosos Pirineos son éstos, que en altas cumbres remontados y soberbios sus altas cimas ocupan la media región del viento!
- ARCISCL. La Naturaleza quiso dividir aquestos reinos con estos montes, Olimpos, cuyos encumbrados cerros son vergüenza de los Alpes.
- EUROSIA. Que estoy cansada confieso.
- CORNEL. ¿Qué mucho vengas cansada, hermana mía, si puedo asegurar que en mi vida con tanto desasosiego me vi, pasando en batallas las inquietudes que el tiempo aborascado ocasiona con el militar estruendo? Ni probando al mar sus fuerzas que alguna vez en el centro del arrojado Neptuno y ninfático elemento, me vi en borrascosas luchas con tanta inquietud del viento, que apenas dejó recurso á la piedad del cielo; jamás me vi tan cansado ni derribado mi esfuerzo como agora.
- BODOQUE. Algún demonio nos lleva por estos puertos.
- EUROSIA. Todo por amor de Dios bien admitirlo podemos, que el trabajo no es trabajo si con el divino celo que los amados de Dios le llevaron y ofrecieron le admitimos; que, sin duda, los trabajos y tormentos padecidos por mi Dios son escalas para el cielo.
- ARCISCL. Tu peregrina virtud nos da á todos gran consuelo.

- Esta tierra es ya de España, que las noticias que tengo me aseguran que estos montes son los altos Pirineos que en pirámides fragosas hacen murallas y cercos dividiendo á España y Francia con tan singular portento, que el cielo parece quiso plantar mojones soberbios que eternamente publiquen división de aquestos reinos.
- EUROSIA. ¡Qué camino tan extraño debe ser éste! Sospecho, según imagina el alma, que vamos hacia el desierto.
- CORNEL. Alguna desdicha arguyo de ver que en algunos pueblos que acreditan estos montes de habitables, nunca vemos persona que les habite, ni topamos pasajero que pueda darnos de España testimonio verdadero.
- BODOQUE. Yo pienso que vamos mal, y que no voy bien: es cierto que si mala cena anoche, peor es hoy el almuerzo.
- EUROSIA. ¡Qué alegría tiene el alma, pues acá dentro en el pecho me está brindando alborozos, después acá que los senos de tantas silvestres grutas con tan humildes aprecio me convidan cariciosos con sus humillados cetros!
- ARCISCL. ¿Esto te alegra, señora, cuando la corona y cetro de Aragón te entristecía según colegí otro tiempo?
- EUROSIA. Tío y señor, no sin causa de estos montes hago aprecio, pues de su fragosa estancia colijo que son los yermos donde anacoretas santos sacrificaron al cielo sus vidas. (Aparte.) ¡Cielo divino, amparad mis pensamientos!
- CORNEL. El alma toda turbada me sobresalta en el pecho después acá que pasamos la fragosidad del puerto sin topar persona viva, con que claramente temo alguna desdicha enorme, pues estando á todo atento veo andar las avecillas con funesto y triste vuelo mudando en endechas tristes sus concertados gorjeos; cubierto el sol y empañados sus encendidos reflejos con que enlutados los aires hacen fúnebres sus ecos; con que el corazón desmaya hasta que, piadoso el cielo, nos declare dónde vamos.
- EUROSIA. ¿De qué te asustas, Cornelio? ¿No estamos ya en Aragón?
- CORNEL. Es verdad que lo sospecho; mas queda suspensa el alma hasta saberlo de cierto.
- EUROSIA. En las manos de mi Dios anda ya todo el suceso de nuestra feliz jornada, de que fin dichoso espero.
- ARCISCL. Vamos, antes que las sombras le arrastren capuz al Febo, y el viento, monstruo de horrores, sea etíope elemento, para que llegar podamos en algunos de estos pueblos que encierran estas montañas.
- EUROSIA. No nos desampare el cielo.
- BODOQUE. Vamos pues, que los caballos se están comiendo los frenos, que piensan ser avestruces para digerir los hierros. ¡Voto al sol! Si no me engaño por aquella parte veo que hacia acá se llega un hombre.
- ARCISCL. También juzgo yo lo mismo.
- CORNEL. Con eso se alegra el alma, que por su medio sabremos dónde estamos.
- EUROSIA. (Aparte.) ¡Ay de mí! ¡Cielo divino! ¿qué es esto? ¿qué glorias espera el alma en lo bronco de estos cerros que parece que en sus grutas ha depositado el cielo el colmo de mi esperanza, noble gozo del deseo?
- MOSQ. (Grita de dentro.) ¡Laura, señora Leonor!
- BODOQUE. ¿Quién diablos es el estruendo que alborota aquestos montes? ¿Quién va allá?
- MOSQ. En el infierno deben estar estas hembras, pues en todo aqueste tiempo no parecen en el mundo.
- BODOQUE. ¿Quién va allá?

ESCENA V

Sale MOSQUETE.—DICHOS.

- MOSQ. ¡Jesús, Santelmo!
- BODOQUE. ¿No responde?
- MOSQ. ¿Si son estos algunos moros que buscan que les diga otro secreto?
- CORNEL. Amigo, escucha.
- MOSQ. ¿Quién llama?
- CORNEL. No te apartes, así el cielo te haga dichoso en cuanto ha intentado tu deseo.
- MOSQ. Qué ¿querías engañarme con halagos?
- CORNEL. No es mi intento engañar á nadie.
- MOSQ. ¿No?
- Aun me pelen si lo creo.

¿Qué diré si me preguntan?
No sé qué decir; si quiero
escaparme con huir,
me alcanzarán al momento,
porque estoy lleno de callos
con jamás tener silencio.

BODOQUE. ¿Oye usted, señor hidalgo?
Mosq. No se acerque, señor perro,
que le tiro con un canto
si se llega.

BODOQUE. ¡Majadero!
CORNEL. Calla, Bodoque, no alteres
con amargos desatentos
á quien puede ser la guía
de todos nuestros aciertos.

BODOQUE. Pues si perro me ha llamado,
¿he de callar?

EUROSIA. El silencio
es el que logra dichoso
en la prudencia el imperio;
este es hombre muy sencillo,
de aquellos en quien el tiempo
de la inocencia guardó
para varios escarmientos
de la vanidad del mundo,
pues viviendo en estos cerros
viven siempre muy gustosos
sin los muchos devaneos
que en la villa y ciudades
á muchos les vuelven necios.
Habladle con humildad
y sabréis sus pensamientos.

CORNEL. Llégate, amigo, no temas.
Mosq. ¿Sois cristianos?
BODOQUE. Y muy buenos,
de los mejores del mundo,
flamantes, lindos y nuevos.
Yo no me fio en cristianos
que no son cristianos viejos.

ARCISCL. Por amor de Dios, amigo,
si lo merece mi ruego,
no te vayas.

Mosq. ¡Para el puto
que no tuviera escarmiento,
de haber topado otras veces
quien me ha dado pan de perro!

EUROSIA. Escucha, noble cristiano,
y no extrañes el concepto
de llamarte noble amigo,
porque quien en todo tiempo
de padres cristianos nace,
es noble de nacimiento.

Mosq. Es verdad, voto á mi sayo,
y por eso, yo acá dentro
me sentía siempre un rey,
ó algún marqués por lo menos.
(Ap.) ¡Vive Dios que es muy hermosa
esta dama! Ya estoy cierto
que no son moros. Si acaso
me cogiera en tal concepto
que de mí se enamorase,
por Dios me casara luego
con ella, á pesar de Laura.
Pero preguntarle quiero.
¿Habéisme visto á Leonor?

EUROSIA. Por quien preguntas no entiendo.
Mosq. Una mujer de los diablos.

BODOQUE. ¡Han visto tal embeleco!
¿Los diablos tienen mujer?

Mosq. ¿Eso dudas? Pues yo entiendo
que tienen tantas, que aina
verás del primer empeño
que sacan á puntillazos
á los diablos del infierno.

EUROSIA. Dinos: ¿en qué tierra estamos,
qué rey gobierna estos reinos
y cómo tan despoblados
tiene todos estos pueblos?

Mosq. Si me aseguráis la vida
diré todo lo que siento,
que, aunque no parecéis moros,
presto podéis parecerlo.

CORNEL. De mi parte te aseguro,
y por todos te prometo,
no sólo nunca ofenderte,
pero el agradecimiento
debido á merced tan grande.

Mosq. Si me habéis de agradecerlo,
no sea en algunos palos.

EUROSIA. Esta sortija es lo menos
que te puede dar mi amor.

Mosq. Ahora bien: yo me acerco
y con aquesta sortija
estoy loco de contento.
Ya parece que estas cosas
van oliendo á casamiento.

EUROSIA. Sácanos de nuestras dudas,
que, por mi Dios, te lo ruego.

Mosq. Decid primero quién sois.
CORNEL. Somos amigos bohemios.
Mosq. ¡Ta, ta, ta! Ya los conozco,
por la fama, desde lejos.

CORNEL. Ésta es mi hermana y el sol
en cuyo lucido espejo,
se mira toda Bohemia.

Mosq. Agora bien, yo doy en ello;
¿qué mucho me calentare?
Por Dios que sale á mal tiempo,
y plegue á Dios no se eclipse
antes de salir San Pedro.

EUROSIA. ¿Qué te alteró?

Mosq. Grande mal.

EUROSIA. Dilo al punto.

Mosq. No me atrevo.
¡Gran desdichal

EUROSIA. No dilates
declarar tu sentimiento.

Mosq. ¡Ay, señoral el moro lleva
con rigor á sangre y fuego
los pueblos de estas montañas,
que lo restante del reino
todo es suyo.

EUROSIA. No respondes
todo lo que te he propuesto.

Mosq. Este es, señora, Aragón,
con cuyo cristiano cetro
el Príncipe Don Fortunio
te esperaba, y aun entiendo
que te sale á recibir,
por considerar el riesgo
que corres; mas no sabrá
que pasaste ya los puertos,
porque, á saberlo, sin duda
que fuera más pronto en ello.

ARCISCL. ¡Gran desdichal
BODOQUE. ¡Para el puto
que pase de aqueste puesto!
CORNEL. Ya van saliendo verdades
las que iba el alma temiendo.

EUROSIA. No temáis, tío y hermano,
fiad del amor inmenso
de aquel soberano Dios,
que, ajustando nuestro intento
con su voluntad, no hay duda,
guiará, fanal excelso,
la nave de nuestra vida
á tomar seguro puerto
donde las mejores dichas
nos quiera franquear el cielo.

BODOQUE. Vuelta, rienda, que esto es malo;
huyamos aqueste riesgo.

CORNEL. ¿Tiene mucha gente el Rey
para resistirse?

Mosq. Cierto
que faltando, yo presumo
que ande todo por el suelo,
que el moro tiene diez mil
y mi rey aun no diez cientos.

CORNEL. Con tanta desigualdad
seguro está el vencimiento
por los moros. ¡Qué desdichal

ARCISCL. ¡Cielo divino! ¿qué es esto?
¿Y andan moros por aquí?

Mosq. No pienso que están muy lejos,
que, prevenidos, aguardan
cogerlos en cautiverio.

BODOQUE. Volvamos atrás, señores,
hasta que en la Francia entremos,
que podremos esperar.

ARCISCL. ¿Qué te parece, Cornelio?

CORNEL. Tío y señor, gran desdicha
estoy mirando y temiendo.

ARCISCL. Volver atrás es cordura.

CORNEL. No parece mal intento.

BODOQUE. No hay sujeto como yo
para dar un buen consejo.

EUROSIA. ¿Qué es volver, tío y señor?
¿Adónde, hermano Cornelio?
Después de tantas fatigas,
¿volver á pasar los puertos?
Si el temor os acobarda,
¿no tiene el sagrado centro
de estas ásperas montañas
naturales pavimentos
en cuyas silvestres grutas
sin tanta inquietud podemos
esperar las ocasiones
en que con menores riesgos
podamos pasar al colmo
más feliz de nuestro intento?
Esta es la que solicito (Aparte.)
y la que ha guardado el cielo
para más dichosos fines
ocultos en sus secretos.

Mosq. En este monte podéis
esperar un poco tiempo
subiendo por esta falda
hasta llegar á unos huecos
cubiertos de firmes rocas,
que yo voy por estos cerros,
si acaso puedo escurrirme,

á dar al Príncipe luego,
si los moros no me zampan,
noticias de este suceso. (Vase.)

ESCENA VI

DICHOS, menos MOSQUETE.

EUROSIA. Vamos luego, porque importa,
antes que el pagano adverso
nos descubra.

CORNEL. Ya podrás
subir, hermana, al excelso
pirámide, señalado
para nuestro albergue.

EUROSIA. Creo
que la divina bondad
de mi Dios me dará esfuerzo
para llegar á la cumbre,
donde consagrar espero
mi vida á mi dulce Esposo,
dulce fin de mis deseos.

BODOQ. Y los caballos, ¿qué harán?

ARCISCL. Eso viene á ser lo menos.
Vamos, pues, que yo confío
que nos ha de dar el cielo
entre tantas inquietudes
el más divino consuelo.

CORNEL. Las tristezas que hasta aquí
en alegrías convierto,
pues me dice el corazón
acá, dentro de mi pecho,
que tendrá nuestra jornada
felicísimo suceso.

EUROSIA. Llevando la fe de Cristo
por blanco de nuestro intento,
¿qué moro nos acobarda?

ARCISCL. Sobrina mía, el consuelo
que más alborozó el alma
es verte con tanto esfuerzo,
de la fe de Cristo Atlante,
que con esto nada temo.

CORNEL. ¿Qué glorias puedo esperar
quedando seguro y cierto
de tu constancia, más vivas
que las que dichoso espero,
si en estas silvestres grutas
por la fe de Cristo muero?

EUROSIA. Dichosa yo que he llegado;
mil veces dichosa puedo
llamarme, pues que llegué
al colmo de mi deseo
y acompañada de dos
columnas del sacro templo
de aquel Salomón divino,
con cuyo arrimo bien puedo
asegurarme constante
en el más divino empleo,
hecha víctima dichosa
de mi esposo y de mi dueño.

BODOQ. No voy muy de buena ganaa,
porque me presumo y temo
que daremos en las llamas
pensando salir del fuego. (Vase.)

ATAN. (Dentro.) Cercad todos esos montes,
que los caballos que tascan

esos prados pronostican
que tenemos ya la caza
en sus senos escondida.

ESCENA VII

Salen los Moros.

- MECOT. He de abrasar la montaña
si no topare en sus grutas
lo que mi valor contrasta.
TARIFE. Subamos aquesta cuesta,
que, por huir su desgracia,
sin duda se habrán subido
hasta la cumbre más alta;
pero no se han de escapar
si la vida no me falta.
MECOT. ¡Qué penosa es esta cuesta!
ATAN. Prosigue: el paso adelanta
á esos riscos á quien ciñe
tanto plumaje de plata
de este arroyo, que es espejo
de tan excelsa montaña,
que el corazón adivina
que en habitación opaca
es toldo propicio á quien
buscan con furor mis ansias.
TARIFE. No ha de escaparse persona
que siga la ley cristiana
de mi cuchillo arrogante.
MECOT. Aunque toda esta montaña,
como de plantas vestida,
de gente fuera poblada,
temblara de ver desnuda
esta corva cimitarra.
ATAN. De vuestro valor confío
que, á la mayor repugnancia,
daréis muestra de quien sois:
hoy daréis nombre á la fama
con la dicha que esperamos,
que aquestas tiernas pisadas
me aseguran que han pasado
á ocultarse en la montaña
los dueños de los caballos
que están del monte á la falda.
MECOT. Ya parece que los tengo
hechos treinta mil mijas.
TARIFE. Detente, el paso reporta,
que [en] aquella cueva opaca
se suena rumor de gente.
ATAN. Ea, pues, moros, al arma,
no quede persona viva
si fuere gente cristiana;
pero advertid que si fuere
aquella hermosa bohemia
que buscamos, no le deis
la muerte.

ESCENA VIII

Corren una cortina y se ve dentro á los cristianos.

- TARIFE. ¡Qué grande caza!
Nueve tenemos aquí.
¡Rendid, villanos, las armas!
MECOT. ¿Qué gente sois? Advertid

- que mi capitán os manda
que dejéis la fe de Cristo.
CORNEL. Eso no; antes la espada
misma que ya te rendí,
abra, moro, en mis entrañas
puerta, por que el corazón
misteriosamente salga
á dar gracias á mi Dios
de la vida que le aguarda.
TARIFE. ¿Cómo esperas tener vida
si la muerte te amenaza
sólo por seguir á Cristo?
CORNEL. ¡Oh, bárbaro, qué ignorancia
te ocupa el pecho! ¿No sabes
que el morir por Cristo es larga
vida con que el justo vive
en la bienaventuranza?
BODOQUE. ¿Por dónde podré escurrirme?
¡Que no tenga puerta falsa
esta casa de peñascos,
ni resquicios, ni ventanas!
ARCISCL. Valor, amigos, que es hora
de dar ya sacrificadas
las vidas á nuestro Dios.
TODOS. Nunca el corazón desmaya
para tan divina empresa;
reciba Dios nuestras almas.
MECOT. Pues morid, fieros cristianos,
y mi cuchilla esforzada
sea instrumento á quien
de Mahoma la fe santa
deba aplausos contra injurias
de la cristiana canalla.
(Entran y corren la cortina.)
ATAN. Advertid: Si entre estos mismos
está aquella hermosa dama
que es Princesa de Bohemia,
sacaréisla acá, que el alma
se promete reducirla
á la secta mahometana.

ESCENA IX

EUROSIA y los Moros.

- MECOT. Ya quedan todos tendidos
en la tierra, cuyas ansias
publican en tristes quejas
el rigor de mi arrogancia.
TARIFE. Esta sola es la que Alá
con algún misterio guarda
para esposa de mi Rey.
EUROSIA. *(Ap.)* ¡Divino Sol de mi alma,
alumbradme en claros giros,
no malogre la esperanza
que tuve de ser dichosa!
ATAN. Lucero hermoso del alba:
¿eres la Princesa acaso
de Bohemia, cuya fama
extendida por el orbe
hizo publicar tus gracias?
EUROSIA. Yo soy Eurosia y bohema,
la mujer más desdichada
que tiene el mundo. (¿Si acaso
la corona me dilatas
del martirio, Virgen pura?)
ATAN. Dichosa serás si esmaltas

- tus ojos, divinos soles,
en la secta mahometana.
EUROSIA. *(Ap.)* ¿Qué es esto? Cielos, valedme;
¿cómo entre mis camaradas
yo sola quedo con vida?
¿Cómo tanto se dilata
la corona, Esposo mío,
que tengo [tan] deseada?
ATAN. Si dejas la fe de Cristo
serás, ilustre bohemia,
la más dichosa mujer
del mundo, pues cuanto bañan
los rayos de Febo y Cintia
verás postrado á tus plantas.
EUROSIA. Mal conoces mi valor:
¡qué fácilmente te engañas!
(Ap.) ¡Dulce Jesús de mi vida!
¿No es hora ya que mi alma
triunfe de los tormentos
que crueles me amenazan?
ATAN. Resuélvete á lo que digo.
EUROSIA. Tu porfía es excusada.
ATAN. Olvida á Fortún Garcés,
que, con Abén Lop casada,
podrás feliz coronarte
por Reina de toda España.
EUROSIA. Nada estimo tus promesas,
que más noble Esposo aguarda
mi corazón; no dilates
con esa tirana espada
hacer lo mismo que hicieron
tus villanos camaradas
en los que, aunque yertos, viven
en la bienaventuranza.
ATAN. Quitadla de mi presencia,
y en esa cumbre más alta,
con la crueldad posible,
tomad en ella venganza
de la ofensa que á mis dioses
hace aquesta vil cristiana.
TARIFE. Vamos, pues.
EUROSIA. Cielo divino,
doy las muy debidas gracias
á tanto favor; no olvidéis,
ángel santo de mi guarda,
esta feminil criatura
que tienes encomendada.

ESCENA X

*Baja un ANGEL de lo alto y caen los Moros
en tierra.—Dichos.*

- ANGEL. ¿En qué quieres mi asistencia,
Eurosia, divina esposa
de Jesús?
EUROSIA. A tu clemencia
postro toda mi obediencia
para ser la más dichosa.
ANGEL. ¿Qué pasión más te atormenta
en tan riguroso trance?
EUROSIA. La grave sed que avarienta
quitarame la vida intenta
antes que el martirio alcance.
ANGEL. Con esta vara excelente,
en esta montaña amena
sacarás luego una fuente

crystalina y aparente
con que aliviarás tu pena.
Toma la vara y darás
con ella en la tierra dura,
y á los tres golpes verás
que raudales sacarás
que coronen esta altura.

- EUROSIA. Ángel mío soberano,
¿qué favor tan singular
me quieres comunicar?
No merezco que esa mano
me dé tanto que estimar;
que padezca sed se ve
pues lo pinta mi dolor,
pero también mi Criador
la padeció; pues ¿por qué
no la ha de sufrir mi amor?
Por que aumente mi dolor
la tierra tengo de herir
y la fuente ha de salir;
mas á su vista mi amor
esta sed ha de sufrir.
ANGEL. No sólo en aquesta sierra
tu Esposo merced te fragua,
mas en cuanto el mundo encierra
tendrás dominio en el agua
para que riegue la tierra.
EUROSIA. Para el martirio, el valor
de mi pecho no se aparte.
ANGEL. Ya te asegura mi amor
estar siempre de tu parte.
(Sábese el Angel.)

ESCENA XI

Dichos, menos el ANGEL.

- EUROSIA. Dios te conserve en su amor.
Tierra, al Criador sabéis
que el respeto obediencial
os toca; si no tenéis
agua ni os es natural,
sacad, que sudar podéis.
*(Da los tres golpes con la vara en tierra
y sale agua.)*
¡Qué milagro prodigioso!
¡Que merezca, Esposo mío,
dulce dueño, amado esposo,
tanto favor! Fervoroso
os da gracias mi albedrío.
¡Qué hermosa fuente salió!
(Vuelven en sí los Moros.)
ATAN. ¿Qué turbación es aquesta?
TARIFE. Un resplandor me cegó
bajando por esta cuesta
que el aliento me quitó.
MECOT. Sin duda Mahoma ha enviado
algún garzón de su casa
y á esforzarnos ha bajado,
aunque nuestra suerte escasa
nos haya puesto en cuidado.
ATAN. Al instante dad la muerte
á esa cristiana atrevida,
antes que otro amago fuerte
nos dé Mahoma de suerte
que nos deje aquí sin vida.
TARIFE. Para que más gusto demos

- á nuestro Profeta santo,
¿qué castigo le daremos?
MECOT. La cabeza le cortemos.
EUROSIA. ¡Qué alborozo, cielo santo;
qué alegría tengo en mí
con la sentencia que oí!
- ATAN. Atormentadla á porrazos,
cortarle piernas y brazos,
y en estando puesta así
yo mismo, con mi destreza,
le quitaré la cabeza.
- MECOT. Vamos, vamos.
EUROSIA. Ya te sigo.
¡Dulce Jesús, id conmigo!
- TARIFE. ¡Por Alá que es linda pieza!
- ATAN. Esto digo por si acaso
la reducirá el temor.
No ames tanto tu dolor,
Eurosia, por ti me abraso;
convierte á mi ley tu amor.
- EUROSIA. Desengáñate, inhumano,
que no tengo de dejar
á mi Esposo singular
por tu mala fe. Tirano,
¿qué pretendes conquistar?
- ATAN. Convertirte si es posible
á mi ley.
- EUROSIA. Vas engañado
con esa fe tan horrible.
- ATAN. Ya me tienes apurado
con esa flema insufrible.
- EUROSIA. Dulce Jesús de mi vida,
¿qué es del día tan dichoso
que ganándoos para esposo
he de hacer yo mi partida?
- ATAN. Ya estoy contigo furioso.
- TARIFE. Paréceme que no acierta
en matarla ó estoy loco.
- MECOT. Yo rabio por verla muerta.
- ATAN. Llévala, que poco á poco
podrá ser que se convierta.

(Vanse y llevan á Eurosia.)

ESCENA XII

Salen MOSQUETE y LAURA.

- MOSQ. Laura mía, ¡que te veo!
¿Eres Laura ó eres diablo?
¡Sí, por vida de San Pablo,
que te veo y no lo creo!
- LAURA. ¡Qué bien se ve lo que estimas
mi fino amor, bodeguero!
- MOSQ. ¿De cuándo acá á tabernero
mi noble oficio sublimas?
- LAURA. ¿Qué oficio tienes, Mosquete,
que logra tan noble fama?
- MOSQ. Guardacarne de tu ama,
y de mi amo alcahuete.
- LAURA. ¿Cómo nos fuiste á dejar
solas en el campo, alevé?
- MOSQ. ¿Cómo? Como quien se atreve,
os dejé y me fui á pillar.
- LAURA. Yo con mi ama Leonor
me volví luego al instante.
- MOSQ. ¿No os cogieron?
- LAURA. Es constante.

- MOSQ. ¿Qué es del Conde mi señor?
- LAURA. Con el Príncipe quedó
y creo que viene allí.
- MOSQ. Hoy gano albricias aquí.
- LAURA. ¿De qué?
- MOSQ. Ya me lo sé yo.

ESCENA XIII

Salen el PRÍNCIPE, el CONDE y LEONOR.—DICHOS.

- CONDE. La gente está prevenida;
dispóngase la jornada,
señor, al punto, que es cierto
hay peligro en la tardanza.
- PRÍNCIPE. ¿Qué número de soldados
es el que nos acompaña?
- CONDE. Cuatrocientos montañeses
tan esforzados que bastan
á conquistar medio mundo.
- PRÍNCIPE. ¿Y están vestidos de gala?

Aquí acaba el manuscrito de la Biblioteca Nacional. En la refundición de López Benavides, que mencionamos en el *Catálogo*, después del martirio de la Santa y batalla y triunfo de los cristianos, con auxilio de ella, termina así:

- FORTUN. Notable victoria ha sido.
- CONDE. Victoria ha sido extremada.
- FORTUN. A ti, valiente Leonor,
se debe.
- LEONOR. Y á todas cuantas
vistieron esta librea;
que la Virgen soberana
en una de su familia
me dió la moda bizarra.
Esta fué Orosia, que vive
en la celestial morada,
cuya cuchilla arrogante,
por quien fué martirizada,
nos dió tan grande victoria
por timbre de nuestras armas.
- FORTUN. Por tanto favor del cielo
á María sacrosanta
prometo un templo devoto
con invocación sagrada
de Virgen de la Victoria;
y por seguir las pisadas
de la que amé por esposa
hasta la celeste patria,
en el convento de Leire
daré fin á mi esperanza.
- CONDE. Aquesta ciudad ilustre
dará á María las gracias
el primer viernes de Mayo
de merced tan señalada
todos los años; y á Orosia
tendrá la ciudad de Jaca
por su ínclita patrona.
- LEONOR. Estos moros á las plantas
de vuestra alteza rendidos
postran toda su arrogancia.

- CONDE. Y también de cuatro reyes
las cabezas coronadas.
(Sale Mosquete con una bandera vieja.)
- MOSQ. Y también esta bandera
que quité á bofetadas
á veinte moros ya muertos
á pellizcos y á patadas.
- FORTUN. Con tan insignes trofeos
entronizan la cruz blanca

Mosq.

de tantos moros vencidos
las banderas y las lanzas
añadiendo estas cabezas
al escudo de sus armas.
Con esto, señores míos,
ya parece cosa honrada
que ponga fin á su historia
La Joya de las Montañas.